



NIEBLA EN ARALAR

F. Vizcay



Foto Pakol



Monumento erigido en Chamonix a la memoria de H. B. de Saussure.

JUGARRETAS DE LA NIEBLA

A los montañeros veteranos, que saben de estas cosas.

La mañana es fresca y los primeros rayos del sol se filtran por los claros del bosque de viejos y retorcidos hayedos. Pequeñas fresas silvestres juntamente con las margaritas, pueblan los verdes hierbines o adornan los lados de las gastadas sendas del bosque. La paz inmensa que reina en la montaña solo es interrumpida por el tintineo de las esquilas del diseminado ganado que pácea en la sierra.

Cuatro montañeros suben lentamente del hundido valle por un camino ancho y pedregoso que muere a la entrada del bosque. Dos de estos montañeros os los presento como veteranos; a otro como menos veterano y el cuarto es un muchacho que ahora empieza a salir al monte. Oigamos sus diálogos:

—No pises con la punta del pie —aconsejan al bisoño— sino con todo el pie, porque de la otra forma resientes la espinilla.

—Hoy vamos a tener un díazo imponente —dice un veterano.— Fijaos que limpio se ve lo de las Malloas.

—Almorzaremos en las bordas —dice alguien.

—Yo creo que es mejor —tercia otro— almorzar en la Casa Forestal, porque así ganamos tiempo. Además este quiere ver el dolmen, que no sabe como son.

Después de ver el dolmen y almorzar en la Casa Forestal, reanudan los cuatro montañeros su marcha hacia las Malloas.

—Coge una piedra —indican al novato—, que ahora llegaremos a la sima.

El principiante montañero coge la mayor piedra que halla en el camino y la lanza, un tanto temeroso, a la oscura sima. La piedra choca en las paredes y su ruido se va perdiendo en el profundo hueco que parece no tener fin.

—¡Uff!! Mira que si se cae uno, ¿eh?

Ya han salido del bosque y comienzan a ganar altura siguiendo por las sendas de las campas.

—¿Qué es aquello?— interroga el novato.

—Un refugio: ya verás que bonito es.

Después de permanecer unos minutos en el refugio se dirigen rumbo a las Malloas.

—¿Hasta allí tenemos que subir?— pregunta asustado el bisoño.

—Va; eso no es nada. ¡Si tuvieras que subir la Collarada...!

Comienzan la ascensión a un pico cualquiera de la agreste sierra. Caminan despacio, mientras van animando al principiante.

—¡Ala chaval! Este repecho y ya estamos arriba. Ya verás que vista.

El novato, sudoroso y jadeante, con la boca reseca, asciende por fin a la cima y lanza un suspiro de desahogo.

Se sientan sobre las piedras de la magnífica atalaya y comienzan a oprimir el abultado abdomen de la bota.

—¿Ves aquel pico blanco que se ve allá? Pues es el Pico de Orhy. Y más allá, a la derecha, si no fuera por aquellas nubes verías todo el Pirineo.

—¡Qué bien se está aquí! Luego nos dicen que estamos chavetas...

Hay momentos en que los montañeros están silenciosos, como queriendo plasmar en sus retinas el incomparable paisaje que les rodea. Otros, hablan de las ascensiones efectuadas a los picos que emergen por doquier.

De pronto se levanta un montañero y oteando el horizonte exclama: ¡Nubes!

—¿Y eso qué?—interroga el novato.

—Pues nada, que como le de por echarse la niebla vamos servidos.

—Yo creo que sería mejor bajar cuanto antes y comer en Frantzserreka. Así ganamos tiempo.

El aire comienza a soplar con alguna violencia y aquella nubecilla se convierte rápidamente en una familia numerosa que empieza a extenderse por los portillos. Los montañeros recogen sus mochilas y comienzan a descender de la montaña; bastante aprisa porque las primeras avanzadillas comienzan a envolverlos.

—¡No separarse porque entonces la tamos! —dice el que va en cabeza.

—¿Estás seguro de que vamos bien? —inquire uno.

—¡Pues claro! ¿No ves ese riachuelo? Ya sabes que va a parar a la balsa de Unakoputxua.

De pronto el que va en cabeza se para,

lo que motiva que se den de narices unos con otros.

—¿Qué ocurre? —pregunta alguien.

—Que estamos en la balsa. Así que ahora no hay pierde: todo consiste en tirar en línea recta.

Nuevamente comienzan a andar los cuatro montañeros. De vez en cuando se cruzan ante alguna lanuda oveja que acurrucada detrás de una piedra, se levanta al paso de éstos.

—Me parece que vamos mal —dice uno del grupo—. Ya teníamos que haber llegado a los árboles y aquí no se oye ningún ruido de hojas.

El que va en cabeza nada responde porque también piensa lo mismo. Trata de atravesar con la mirada la espesa niebla, pero nada consigue ver.

Después de andar cerca de una hora en «línea recta», aparecen nuevamente ante la balsa.

—¡Arrea! ¡Otra vez la balsa!

—¿La misma? —inquire sorprendido el novato.

La bronca para el que va en cabeza es terrible.

—¿Y tú eres el que alardeabas de no perder jamás en la niebla? «¡Yo soy capaz de ir con los ojos vendados por todo Aralar!» ¡Eso lo has repetido cincuenta mil veces en el Club! ¡Y ahora resulta que estás más despedido que un pulpo en un garage!

—¡Pues ponte tú en cabeza! —explota furioso el que antes iba el primero—. ¡Ahora todas las fardas para mí! ¡En cambio, cuando hemos aparecido la primera vez aquí, nadie ha dicho nada!

—El caso es —dice el novato— que ya veía yo que no íbamos bien.

—¿Ah, sí? Mira que chico más gracioso. ¿Y por qué sabías que no íbamos bien?

—Por el aire. Si os habeis fijado antes, cuando hemos llegado aquí la primera vez, el aire nos daba de frente y después notaba yo que me daba en el coco.

—¡En el coco te voy a dar con este palo como no te calles! ¡So burro! ¿Qué te crees, que no me había fijado en ese detalle? (Desde luego no se había fijado pero, ¿quién declara eso ante un novato?). El aire no nos daba de frente sino en la oreja izquierda. Lo que pasa es que ha debido cambiar el aire y por eso iba tan confiado.

—¡Qué casualidad! ¡Había de cambiar el aire en tan poco tiempo!

—Bueno; vamos a no hablar tanto y ponernos de acuerdo cuanto antes. Que el tiempo vuela y allá está Lecumberri.

—Bien: tenemos aquí la balsa, por lo tanto Lecumberri está en aquella dirección. El aire nos viene de frente (¡Ha debido de cambiar otra vez de dirección!) Luego no hay ninguna duda dónde nos tiene que dar todo el rato. ¿Estamos todos de acuerdo? Luego no me echeis a mí solo las fardas.

Otra vez tenemos a los cuatro montañeros caminando a través de la espesa niebla. Las manos agarran los tirantes de la mochila y el pelo, las cejas y las pestañas, las tienen completamente blancas por la humedad.

Después de caminar durante mucho rato, el que va en cabeza se para de pronto, lo que trae como consecuencia nuevos coscorrones para los que caminan detrás.

—¡Anda la osa! ¡Esta langa no la había visto en mi vida!

—¡Ya me parecía...!

—¡Cállate!

—¿Dónde estaremos?

—Y todavía sin comer.

—¿Qué hora es?

—¡En menudo verengenal nos hemos metido!

—¡Viva la montaña!

—¡Cállate!

—¿Qué dirán en mi casa?

—¡Llámales por teléfono!

—Bueno, muchachos; aquí no hay más que una solución, y es la de tirar por aquí abajo a ver dónde aterrizamos.

Descienden por un resbaladizo barranco hasta que la niebla comienza a rasgarse y mostrar las siluetas de algunos caseríos.

—¡Anda! ¿A que no sabéis donde estamos? Pues estamos... ¡¡en Betelu!!

Cuatro montañeros cubiertos de barro se hallan a un lado de la carretera, sentados sobre un montón de grava. Con unas piedras se quitan pacientemente el barro adherido a las botas. Quizá pase un camión...

Arriba, las montañas se hallan ocultas por una espesa y negra niebla. A veces ésta se abre y enseña unos portillos de los que descenden unos caminos maravillosamente trazados...

EDUARDO MAULEON

Del C. D. Navarra.